

nado por las nuevas vías teológico-pastorales y canónicas intuitas y, en parte, desarrolladas, por el Beato Josemaría, más tarde recogidas por el Concilio Vaticano II (captación del matrimonio como camino vocacional, la llamada universal a la santidad, el ministerio sacerdotal como servicio, la Misa como centro y raíz de la vida cristiana, etc.).

Con todo, ahora quiero referirme más especialmente a las novedades que el Concilio formuló en el número 10 del decreto *Presbyterorum ordinis*, en buena medida preanunciadas por la acción pastoral y la predicación del Beato Josemaría, e inspiradas, por qué no decirlo, en ellas. La figura del Fundador del Opus Dei delineada en esta *Memoria*, no se circunscribe, pues, sólo a lo que podríamos denominar el plano de lo cristiano-existencial y al orden de la lucha ascética, con ser estos dos niveles tan importantes; sino que se proyecta, y no secundariamente, sobre una nueva comprensión del misterio de la Iglesia, tanto desde su perspectiva teológica, como espiritual y jurídico-canónica. Verbigracia, y en cuanto al nivel teológico, una mayor profundización en los caracteres sacerdotal, bautismal y de la confirmación, que ilumina la igualdad fundamental de los fieles y su desigualdad funcional. A partir de aquí se descubre la radical participación del fiel cristiano en la misión de la Iglesia (esto permite, entre otras cosas, una ajustada inteligencia de lo que el Concilio ha denominado «Iglesia doméstica», referida al hogar cristiano). O, por poner otro ejemplo, las intuiciones del Beato Josemaría relativas a la secularidad cristiana.

Me parece saliente, ya en el plano eclesiológico-canónico, una afirmación de Mons. Echevarría, recogida en la página 313, que copio literalmente: «Cuando el Fundador vio el Opus Dei, comprendió ya que su naturaleza jurídica iba en la línea de las estructuras de la jurisdicción personal y, sin pensar en sí mismo, buscó la orientación y el camino para llegar a esa solución. Pero, desde que hizo la primera petición —o primer intento de petición— para llegar a la figura jurídica definitiva de la Obra, como podía ir ligada a una capitalidad episcopal, comunicó a la Santa Sede que estaba dispuesto a renunciar a dirigir la Obra, para que otro asumiera esas funciones: no le interesaba para su persona esa dignidad jerárquica». Evidentemente, esta actitud revela una profunda humildad; pero también manifiesta —como ya se ha dicho más arriba— una comprensión nueva del misterio de la Iglesia, algo que quizá no se ha destacado suficientemente por parte de la crítica histórica, aunque tiempo habrá...

Josep Ignasi SARANYANA

Samuel FERNÁNDEZ, *Cristo médico, según Orígenes. La actividad médica como metáfora de la acción divina*, Institutum Patristicum Augustinianum («Studia Ephemeridis Augustinianum», 64), Roma 1999, 328 pp.

El libro que nos toca ahora analizar es una tesis doctoral de 1996, leída en el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma.

Ya desde las primeras páginas de esta obra se advierte al lector sobre los grandes temas que se van a estudiar: enfermedad, enfermo y médico. Estos términos han de ser entendidos con valor metafórico, y referidos a las realidades espirituales resultantes de la acción divina y humana en el

proceso de la salvación. Por tanto, se excluyen a priori las investigaciones sobre la historia de la medicina, en cuanto tal, y la aportación que la obra origeniana pudiera ofrecer a dicha historia.

El A. comienza con una breve introducción en la que da cuenta de las características principales que ha tenido presente en la realización de su trabajo. A continuación hace un largo excursus en donde se ocupa de los precedentes de la imagen médica, tanto en la tradición filosófica antigua, como en la tradición bíblica y cristiana anterior a Orígenes, aunque también estudie someramente los conocimientos médicos del Alejandrino. El cuerpo de la tesis lo dedicará a los grandes temas: la enfermedad, el enfermo y el médico.

La enfermedad se estudia a partir de unos presupuestos bíblicos en los que se pone de manifiesto la relación entre la medicina común y la medicina espiritual, en un contexto que trata de colocar en primer plano la enfermedad espiritual. Como es lógico asistimos a una valoración origeniana de la enfermedad respecto a la salud. Conviene hacer notar que la valoración de las enfermedades, ya sean corporales o espirituales es siempre positiva en el Alejandrino. El A. hace un análisis muy preciso de algunas enfermedades bíblicas, que tienen una significación espiritual, como la lepra, las heridas, la sordera, etc.

El enfermo es contemplado desde una doble perspectiva: individual y colectiva. «Así como la esposa del Cantar de los cantares indica tanto el alma individual como la Iglesia; también el sujeto de la enfermedad espiritual admite una interpretación individual y otra colectiva. La más corriente es la individual, pero la colectiva también está presente» (p. 195). Así aparecen algunos personajes bíblicos que, colectivamente considerados, representan a Israel y a la Iglesia de los gentiles. Este será el caso de la ceguera de Agar, la lepra de María, la hermana de Moisés, la hemorroísa, etc. La interpretación individual del enfermo lleva a nuestro A. a plantearse el problema de la «causa de las diversidades»: ¿Por qué uno nace sano y otro enfermo? En polémica con los gnósticos, Orígenes ensaya su teoría de la preexistencia de las almas. Con ello declara que «el Creador no es injusto, porque gobierna de acuerdo con las causas precedentes, es decir, de acuerdo con los méritos o deméritos adquiridos en la preexistencia» (p. 116). Hace también interesantes consideraciones sobre el papel del libre albedrío en la adquisición de la enfermedad y en la curación; así como sobre el progreso espiritual del enfermo comparándolo con las «epinoiai» (denominaciones) del Salvador.

En tercer lugar considera el A. la imagen de Dios como médico, que es aplicada por Orígenes tanto a Dios Padre como a Cristo. También los profetas, los apóstoles y sus sucesores son llamados médicos. Lo mismo cabe decir de los ángeles, que colaboran en la curación de los hombres, al servicio de Dios. Una de las grandes dificultades que encuentra el Alejandrino, frente a sus adversarios gnósticos, es la de compaginar las penas que Dios infringe a los pecadores con su actuación sanadora como Médico de las almas. Supuesta la bondad divina, frente a gnósticos y marcionitas, Orígenes proclama el valor medicinal de los castigos divinos. El A. dedica especial atención a la figura de Cristo como Médico, de cara a la tradición medicinal de Asclepio y de los démones paganos. La acción sanante de Cristo en las curaciones evangélicas será continuada en el tiempo por los discípulos. Termina este apartado dedicando un espacio a la Sagrada Escritura como medicina espiritual.

Al final del libro se recogen, a modo de síntesis, unas conclusiones de los principales aspectos que la metáfora médica sugiere al pensamiento origeniano. Una selecta biblio-

graffa y unos cuidados índices de citas bíblicas, de Orígenes, de autores, y de carácter general completan la estructura del presente volumen.

Muy sugerente nos parecido el tema de las epínoias de Cristo, que la Escritura emplea para designar diversos aspectos cristológicos. Orígenes las pone en relación con el progreso espiritual del cristiano. Nuestro A. sitúa también a los enfermos en ese itinerario de progreso espiritual, basándose en una homilía del Alejandrino sobre el profeta Jeremías, conservada en la traducción latina de Jerónimo. En ese texto se aprecia incluso una gradación de las epínoias soteriológicas. A cada estado de desarrollo espiritual le corresponde una epínoia:

Para el que es enfermo,	Cristo se presenta como Médico.
Para el que es irracional,	Cristo se presenta como Pastor.
Para el que es racional,	Cristo se presenta como Rey.
Para el que da frutos,	Cristo se presenta como Vid verdadera (p. 166).

No sucederá lo mismo con las epinoias teológicas (Sabiduría, Verdad, Justicia), que no entran en relación con el desarrollo espiritual, sino que ponen de manifiesto la relación eterna del Verbo con la creación, como ya puso de relieve J. Daniélou (*Message évangélique et culture hellénique*, p. 352).

También ha suscitado nuestro interés el tratamiento que da nuestro A. a la apocatástasis, uno de los puntos más conflictivos de la teología origenista. Lo hace, como es lógico, desde una perspectiva medicinal. Se basa, especialmente en un pasaje conocido del Comentario a los Romanos del Alejandrino en el que se afirma la virtud curativa del Logos frente a todos los males, sin que esto viole el libre albedrío de los seres racionales. Según Orígenes no existen enfermedades espirituales absolutamente incurables, y confía en que todos los seres racionales retornarán un día a la *pristina sanitas* en que fueron creados. De todas formas, el Dr. Fernández sostiene que «La imagen médica es utilizada pocas veces para ilustrar la restauración final, y cuando lo hace, la utiliza a contrario. Esto se explica por el hecho que entre las enfermedades corporales —a diferencia de las espirituales— algunas efectivamente no tienen remedio y son mortales» (p. 175). Consideramos muy certero este comentario crítico del pensamiento teológico origeniano.

En cuanto a los aspectos formales del trabajo conviene destacar positivamente la casi total ausencia de erratas. Así se puede considerar excepcional la de las pp. 50-51, notas 195, 198, 199, 205 y 206, en donde se cita la traducción del *Paedagogus* de Clemente de Alejandría de M. Merino-E. Redondo, como de M. Merino-E. Mendoza. Aunque en descargo del A. digamos también que en la Bibliografía (p. 292) está correctamente referido.

En su conjunto, podemos decir que nos encontramos ante una excelente monografía sobre Orígenes, autor, por otra parte, nada fácil de estudiar, no sólo por la densidad de su pensamiento, sino también por lo fragmentado de su obra. El Dr. Fernández ha sabido abordar su estudio desde una amplísima bibliografía, adecuándola en todo momento a las necesidades de la investigación realizada. Felicitamos, pues al A. y al Instituto Patrístico «Augustinianum» por esta publicación que enriquece los conocimientos disponibles sobre el genial Alejandrino.

Domingo RAMOS-LISSÓN